

SUÉLTATE

Monólogo para una actriz, de menos de 15 minutos de duración

por Marc Egea

Microteatro



EL FORMATO

Ésta una obra de microteatro. No requiere escenografía y sólo es necesario el atrezzo que complementa la caracterización de la protagonista. Su duración es inferior a 15 minutos. Está concebida para ser representada profesionalmente en espacios de microteatro, o, de manera aficionada, en escuelas o talleres de interpretación.

PERSONAJE

VANESA Ronda los cuarenta. Es una mujer desacomplejada. Locuaz. Trabaja, desde hace tiempo, como barrendera municipal. En su tiempo libre le gusta leer y estar con los amigos.

VESTUARIO

Vanesa lleva puesto todo el tiempo el uniforme de operaria de la brigada municipal de limpieza, con su escoba y el cesto de recoger.

LUGAR

La acción se sitúa en la azotea de un alto edificio de oficinas.

TIEMPO

Tiempo presente.

SITUACIÓN

En la cornisa de edificio hay un hombre, amenazando con lanzarse al vacío. Vanesa ha subido para hablarle.

SUÉLTATE

Por Marc Egea

Monólogo para una actriz, de menos de 15 minutos de duración

Azotea de un edificio de oficinas. Se abre una puerta y aparece una empleada de la brigada municipal de limpieza. Es VANESA. Lleva consigo una escoba y un cesto recogedor.

Delante de VANESA (entre ella y el público), hay un hombre que amenaza con lanzarse al vacío. El hombre no es visible para los espectadores.

VANESA

(Resoplando por el esfuerzo)

Hola -tranquilo, tranquilo, tranquilo, no se ponga nervioso, vengo en son de paz-... Uh, estoy sofocada. ¿Qué piso es este, el catorce, el quince -me he descontado-? He subido por la escalera, Dios mío, qué paliza, vengo sofocada. Deje que me recupere, por favor.

(Se abanica y recupera la respiración)

Que bien se está aquí arriba, eh; que airecillo tan agradable. Y qué puesta de sol... Bonita, eh, con el sol bajando...

(No obtiene respuesta)

No le interesa. Sí, sería más interesante si el sol subiera, qué le vamos a hacer... Estamos altos, eh, ¡Caray, qué vista! Cómo impresiona.

(El hombre no le presta ninguna atención)

¿Me está oyendo? ¡Hola! Me oye, verdad. No quiere hablar. Bueno, no hable. Pero sé que me está oyendo.

(Explica)

No me envía nadie, créame. Me he colado. Sí, sí, me he colado. Hay un jaleo ahí abajo que no se lo puede imaginar. Y, cuando hay barullo, es fácil colarse. Pero ha sido todo muy rápido, eh, cuestión de minutos. He pasado hace un rato, como una hora, y esto estaba desierto. Y ahora, vaya follón ha montado usted... Es que la gente se aburre. No lo digo por usted, lo digo por... la gente. Hay un tío gordote en la puerta, uno de seguridad, que parece un guardia urbano diciendo todo el rato "circulen,

circulen", y cuanto más lo dice, más gente se para a mirar. Qué chismosa es la gente.

De verdad, no me envía nadie. Me he colado por todo el morro. Por la escalera. Es que soy invisible, sabe. No me ve nadie. Llevo el traje de la mujer invisible. ¿Quiere saber cómo es? Dese la vuelta y lo sabrá.

No quiere. Pues si se diera la vuelta sabría cuál es el traje de la mujer invisible. Nunca lo diría. Te lo pones y no te ve nadie. De verdad. Acabas de barrer un acera y ya tiene a un tío tirando un papel, pero ahí mismo, delante de tus narices, como si no estuvieras...

Y eso es porque soy invisible. Si no, tendría que pensar que la gente es cerda. O cabrona. Y no quiero pensar eso. Me gusta pensar bien de las personas si no las conozco.

En fin... Le voy a contar por qué estoy aquí. No he subido para hablarle de mi uniforme de trabajo... pero sí de ropa. Vamos a ver, cómo se lo explico...:

Usted tiene sus problemas. Es evidente. Pero... ¿sabe? No es el único que tiene problemas, aquí. Yo también tengo problemas. Tengo *un* problema. Y le voy a contar cuál es. Sí. Le voy a contar mi problema:

Dentro de un rato, voy a ir a comprar una blusa. Una blusa para mí. La vi la semana pasada y me encantó -qué blusa-.

No, no, no, no, no pongo esa cara -"Ahora me viene esta tía a hablar de una blusa"- . No le veo la cara pero sé que está poniendo caras. Y eso es porque usted no ha visto la blusa. Es que no es una blusa cualquiera. Qué va. Es LA blusa. Una preciosidad, de verdad: Es una blusa entalladita -entalladita por abajo, porque por arriba es un poco más holgada-, pero no holgada, así suelta, no, sino que se abre un poco para resaltar el pecho -a mí me queda de maravilla porque tengo buenas tetas-...

Sí, sí, hombre sí, puede mirar. Bueno pues, no mire.

Es decir "tetas" y activársele la sangre a uno, eh. Podría haber empezado así: "Hola. Tetas."

Bueno, a lo que iba. La blusa. Parece hecha para mí esa blusa. Es color crema, con unos reflejos granates muy suaves... Dicho así suena un poco hortera pero le aseguro que es elegantísima, tiene una clase... y es totalmente 'casual', te la puedes poner un día cualquiera de diario - no para trabajar, claro, en mi caso- pero vale tanto para el día como para la noche, me entiende. Bueno, el hecho es que la vi el otro día y me enamoré de ella. Pero no llevaba dinero encima en ese momento, y la tarjeta ni soñarlo que la tengo fundida desde hace tiempo. Así que no pude comprarla. Pero me dejaron reservarla. Hoy he cobrado así que me voy para allá a comprarla. Y tengo que ir hoy. Porque la blusa sólo me la guardan hasta hoy a la hora del

cierre. Mañana ya no me la guardan. ¿Me sigue? No es muy difícil. La tienda cierra a las nueve y media y yo termino de trabajar a las nueve. Aunque parezca tiempo de sobras no es tiempo de sobras. Media hora me da para llegar justo, muy justo a la tienda, no me sobra ni un minuto porque la tienda está en la otra punta de la ciudad y, aún tengo que devolver el carro, y los 'instrumentos' de trabajo. El carro lo tengo aparcado abajo. Y tengo que cambiarme porque no iré vestida así. No es que tenga manías, es que no me dejan. Tiene guasa la cosa: fuera del horario de trabajo, el traje invisible ya no es invisible. Resulta que te ve todo el mundo. En fin. Oiga, como no me quiere mirar, le digo cómo es mi traje: llevo un traje de... barrendera municipal. Sí. Y le juro que no soy una policía disfrazada de barrendera, no, de esos que suben para negociar, qué va. Soy una barrendera de verdad -si lo prefiere, operaria de la brigada de limpieza del Ayuntamiento, que es como se dice ahora-. Y no he venido a propósito, sólo pasaba con mi carrito y mi escoba y he visto el cristo que usted ha montado. Y me he acordado inmediatamente de la blusa que me está esperando... hoy, sólo hoy. ¿Entiende ahora porqué he subido a hablarle?

La cosa es que tengo que dejar esta calle perfectamente limpia al final de mi turno. Termino el turno a las nueve. Son las nueve menos cinco. Si usted se tira, me va a dejar la acera hecha un desastre -porque va a quedar hecha un desastre, lo sé yo que cada semana tengo que limpiar un gato atropellado, y cuestan un huevo las vísceras y la sangre- y no puedo marcharme hasta que todo está limpio, y usted es mucho más grande que un gato... ¿Entiende la gravedad de mi problema? ¿Ha captado lo que quiero decirle? Resumiendo: que si se tira me deja sin blusa. O sea, un drama.

Le prometo que no soy ningún negociador de la policía; ni una loca enamorada que le quiero salvar desesperadamente, no se equivoque, eh, no le estoy diciendo en plan Titanic "Si tú te tiras, yo me tiro". No, no, no, yo no me pienso tirar, vamos, ni de coña. Y me da igual si usted si tira, le soy sincera: tírese si le da la gana pero... No en mi turno. Espere... Sólo tiene que esperar cinc... cuatro minutos, por favor. Venga, señor: le pido, le suplico por mi blusa que se agarre a la vida durante cuatro minutos. ¿Qué son cuatro minutos?

Podrá hacerlo, ¿verdad? Hay suicidas que se pasan horas asomados antes de tirarse. Lo he visto en la tele. Oiga, ¿hace falta estar tan afuera? Es que me está poniendo nerviosa, aún se va a caer. ¿Por qué no se echa un poquitín hacia atrás...? ¿No, no, no, tranquilo, no me acerco, no haga nada, no haga nada, me quedo quieta, se lo prometo! Tranquilooooo... ¿Dónde está apoyado? ¿Qué hay ahí, una cornisa? Uh, por Dios, esa cornisa es muy finita, lleve cuidado.

¿Para qué sirven cornisas? ¿Lo ha pensado? Tengo mi teoría. Son obra de la maldad humana: para que se pongan

las palomas y se caguen, así, en línea, todas puestas, ta-ta-ta-ta-ta-ta, y luego, ¿adivina qué?, tengo que limpiarlo yo. No sabe lo que cuesta quitar la mierda de paloma. Después de las vísceras de gato es lo que más cuesta. La mierda de paloma es una cabronada. Porque en realidad no es mierda: es mierda y pis, las dos cosas juntas. Si. No lo sabía, eh. ¿Ha visto alguna vez a una paloma meando? Nooo. Es porque las palomas no mean. Ni tampoco cagan, en realidad. Lo hacen todo junto, de un solo disparo. La verdad es que tiene que ser cómodo, muy cómodo. Pero para mí es una cabronada. ¿Ve? Una cosa positiva: mientras está ahí en la cornisa me asusta a las palomas. En todo este rato no ha venido ni una. Sólo le pido que se agarre bien a la barandilla, por favor. Bien agarradito. Venga, tres minutitos. Ya ha pasado un minuto. Sólo quedan tres. Podrá aguantar, ¿verdad?

Mira el reloj.

Es por lo de la quiebra, ¿verdad? He oído que van a vender el edificio. Vamos, que la deuda es monumental. Que lo venden todo y, aun así, va a quedar un agujero del copón... Lo he oído en la radio. Como rumor. Lo dijeron como rumor en una tertulia, pero ya se sabe que "El rumor es la antesala de la noticia"... Yo siempre voy con la radio a todas partes. Acompaña mucho. El reglamento dice que no podemos escuchar la radio cuando trabajamos pero, mientras hagas bien tu trabajo... oye, te pones unos auriculares y no molestas a nadie. Yo preferiría poder leer en horas de trabajo. Tengo una amiga que trabaja de conserje en un colegio y se pasa la mañana leyendo, la tía. Qué envidia, ojalá yo pudiera. Es que me encanta leer, sabe. No lo habría dicho nunca de una barrendera, eh. Pues me encanta. Más que comprar ropa, incluso. Desde siempre. Yo no soy de tele, ni de cine, soy de leer. Me viene de mi madre, que leía mucho, novelas de Corín Tellado. Me gusta leer y también escribir, las dos cosas, también me gusta mucho escribir. Soy de las que lo apunta todo. Llevo un diario. No lo lee nadie, por supuesto, pero yo lo voy escribiendo. Empecé cuando iba al instituto. Ya se sabe: me gusta éste, me he peleado con la otra, he visto un vestido precioso... Y hasta hoy. ¿Usted escribe? A usted le gustará leer, claro. ¿Qué prefiere? ¿Qué es lo que más le gusta leer?

(No responde)

A mí, lo que más me gusta es la novela romántica. No me canso de leer novelas románticas. Y de misterio. También me gustan mucho las novelas de misterio. Vamos, cualquier cosa que me atrape, me gusta, si no es muy complicada.

(Piensa)

Un día probaré con un audiolibro, a ver si se parece a leer. Sería cojonudo, porque me los llevaría a los auriculares. Aunque, no creo que sea lo mismo. No sé, ya veremos. Yo era de las que juraba que nunca se pasaría al e-book porque "me encanta el tacto del papel, sentir el peso del libro", todas esas cosas, "el olor...", y ahora, cuando veo un libro de papel me parece la cosa más antigua del mundo. Parece mentira que aún quede gente que no se haya pasado al... ¡Uy, perdone!

(Recordando de repente)

¡Qué tonta! Perdona. A veces me pierdo la lengua. Qué poca sensibilidad tengo.

(Conciliando)

Cómo cambian las cosas, eh... Quién lo iba a decir. Un gigante como este y... una cosa tan pequeña como el ebook se lo ha...

(Pensando)

Mira que llegaron a ser importantes ustedes, eh.

(Recuerda)

Tenían de todo: periódicos, enciclopedias, revistas, libros, vamos, libros todos los del mundo. Pues anda que no les he comprado yo libros a ustedes, sobre todo de la colección "Apasionada". Y la colección "Crímenes". Me lo dicen hace diez años y no me lo creo. El Grupo Letras, el todopoderoso Grupo Letras...

(Suspira)

Es posible que en este momento hasta me envidie. "Quién fuera un simple barrendero, sin preocupaciones". Pues no es verdad. Ya ha visto que también tengo preocupaciones. La blusa.

¿Sabe si va a haber más que se animen a hacer como usted? ¿O será el único? Pensándolo, igual los demás no tienen motivos para tomárselo tan a la tremenda. Puede que alguno ya esté de tiendas mirando a ver qué televisor de pantalla plana se compra con el dinero de la indemnización; y mañana, a trabajar en otra parte. Ya no quedan sentimentales. Tiene que ser duro, le compadezco: llevar una empresa en el corazón y que los demás se lo tomen tan a la ligera. Claro que ellos no son el accionista mayoritario...

El hombre se sorprende de que ella conozca ese dato.

No me diga que quería llevarlo con discreción... Porque el vigilante gordo de abajo lo está diciendo a todo el mundo.

(Asiente)

Accionista mayoritario y... Director General. No se lo tome a mal, hombre, que para algunos es un héroe. Hay una señora que no para de decir: "Esto es responsabilidad, esto es sentido de la responsabilidad". Estaba diciendo que usted es como uno de esos directivos japoneses que se suicidan si quiebra la empresa. Y estaba encantada, oiga. Qué cosas.

(Mira el reloj)

Un minuto. Un minuto y dejo de molestarle.

(Comprensiva)

Es que, claro -estoy pensando-, ya es una putada ser el accionista mayoritario de una empresa que quiebra porque, claro, eso le arruina a uno, pero lo que tiene que joder más, lo que de verdad tiene que joder en su caso es que -corríjame si me equivoco- compró las acciones hace... nada, ¿cuánto hará? ¿tres años? ¿cuatro? Hombre, ¡a quién se le ocurre! Se pone a invertir en carruajes cuando Henry Ford inventa el coche. Es para querer matarse, realmente. ¿No

sospechó nada cuando le ofrecieron las acciones? Vale que le molara ser Director General, pero, hombre...

Ahora: no me da pena. En su caso hay un puntito de soberbia. Recuerdo que, hace nada, un periodista les preguntó a su empresa por el impacto del libro electrónico y ustedes salieron con aquello de que el Grupo Letras iba a ser un referente los próximos cincuenta años porque llevaba cincuenta años siéndolo. Pues mire, no ha llegado ni a cinco.

Castigo de soberbia, sí señor, eso ha sido. La soberbia se acaba pagando, tarde o temprano.

(Niega)

Y a usted siempre le ha perdido la soberbia...

Se da cuenta de que el hombre se ha vuelto y la está mirando.

(Sonríe)

Hola. ¡Me está escuchando! Mire, éste es el traje de mujer invisible.

Mira el reloj.

Uy. Tiempo. Es la hora. Las nueve. Acaba de terminar mi turno. Esta calle, ahora, es responsabilidad de Manuel, así que...

Silencio. Ella mira expectante al hombre. Éste no hace nada.

Ya me puedo ir. Y usted ya puede... hacer lo que quiera.

(Piensa)

Pero, antes de irme, le daré un consejo. No me lo ha pedido pero... se lo voy a dar: creo que la presión no le deja pensar bien: Suéltese un poco. Quítese la presión. Hágame caso. Es un buen consejo. Me lo dieron hace tiempo y siempre lo he usado. Me acuerdo perfectamente del día en que me lo dieron.

Mira el reloj.

Mire, aún puedo perder dos minutos. Se lo cuento: Fue en el instituto. Un día, vino un hombre a dar una conferencia -bueno, una conferencia: una charla-. Al instituto, mire si hace tiempo.

Lo trajeron los profesores de literatura, para que nos animara a leer, porque ahí no leía ni Dios. Teníamos a los profesores desesperados. Y estuvo muy bien porque el tío se dedicó a decir que el Quijote y el Lazarillo y todos los libros que nos hacían leer en clase eran una mierda. Dijo que había libros buenos de verdad, pensados para nosotros, pero que había que encontrarlos. Nos dijo que levantáramos el culo de la silla de una puñetera vez y saliéramos al mundo real a buscarlos, que nos perdiéramos por las librerías, que dejáramos de comportarnos como

lerdos sin criterio. Estuvo muy bien porque nos picó. La consigna era esa: que nos soltáramos. Lo dijo como unas cuarenta veces. "Soltaos", "Soltaos".

Y le hicimos caso. Mis amigas y yo leímos libros que nos gustaron mucho: "Rebeldes", de Susan E. Hinton, "El guardián entre el centeno", "La princesa prometida"... El libro que más me gustó a mí fue "Buenos días tristeza", de Françoise Sagan. Me gustó sobre todo porque era muy sencillo: una chica que cuenta un verano suyo en un pueblo del Mediterráneo, con los líos de amores típicos y cosas que le pasan. Pero lo que más me gustó es que me enteré de que la autora, esa Françoise Sagan, en realidad, era casi igual que la protagonista, vamos que se había dedicado a contar las cosas de su diario personal. Yo tenía un diario también. Y le pregunté al profesor de literatura si le parecía buena idea si intentaba escribir una novela contando las cosas de mi diario. El profe de literatura se portó muy bien y, en vez de enviarme a la mierda como esperaba -porque él era muy del Quijote, y el Lazarillo y todo eso- me dijo que le preguntara al hombre de la conferencia, que para eso lo habían traído -porque el hombre aquel conocía mucho sobre el mundo editorial y todo eso-Y me dio su número de teléfono y le llamé. El hombre se puso al teléfono -sorprendentemente- y yo le solté, directamente: "Oiga, ¿qué le parece si escribo una novela con mis cosas personal, como ha hecho Françoise Sagan con "Buenos días, tristeza"?" Y el hombre me dijo: "Tú estuviste en la charla, verdad". Yo: "Sí". "¿Podrías resumirme la conclusión de todo el rollazo que os metí con una sola palabra?". Sí. Claro. "Soltaos". Suéltate.

Y me solté. Y escribí una novela con las cosas que tenía en mi diario. Lo pienso ahora y me da una vergüenza... Lo puse todo. Dios mío, qué horror. Pero, bueno, en ese momento, me pareció que era la mejor novela de la historia. Y le llevé el borrador a ese hombre, tal como me dijo. Yo ya me veía convirtiéndome en la nueva Françoise Sagan de la noche a la mañana -porque aquel hombre trabajaba en una editorial- y me lo imaginé flipando con mi libro, corriendo a enseñárselo a sus jefes -"¡Ey, ey, mirad esto, mirad esto!"- vamos, la revolución. Qué ingenua, ¿verdad?

Recuerdo que entré en su despacho, toda modosita, con mis hojas bien escritas a ordenador. Y se las puse encima de la mesa, toda sonriente y le dije: "Me he soltado".

(Recuerda)

No sé, esperaba que las devorara nada más dejárselas, que se tirara de cabeza a leerlas. Pero, no. Ni las tocó. Pasó de largo, se me acercó y me empezó a hacer preguntas como muy personales: que si te gusta eso, que si te gusta lo otro, que si sales mucho con amigas, que si tienes novio... Y me preguntó si quería que se publicara mi novela. Y yo le dije que sí, que lo quería mucho. Y él dijo que muy bien. Y me acarició la cara. Le sonreí. Y me abrazó. Y mis hojas estaban allí, encima de su mesa, sin tocar...

No diré que me violó porque yo me dejé. Me acuerdo como si lo estuviera viendo ahora. Dicen que la primera vez no se olvida nunca. Es verdad. Recuerdo un momento, ya ve qué tontería, un momento concreto: yo estaba apoyada contra la mesa de su despacho, y él estaba detrás, y, con las sacudidas, el retrato de su mujer y sus hijas se cayó, se volcó hacia delante, y fue como si no quisieran ver lo que estaba pasando... Y yo me agarroté. Y él empezó a decirme al oído: "Suéltate", así, susurrando: "Suéltate, "Suéltate".

La novela no se publicó, por supuesto. Y no fue culpa de nadie: es que era una mierda de novela, realmente. Y me quité de la cabeza eso de escribir y ser famosa. Han pasado más de veinte años desde ese día. Me volví un poco más fría. La vida no me ha ido exactamente como esperaba. Pero no me quejo. Tengo un trabajo. Tengo tiempo libre, tengo amigos, hago cosas, leo libros, por supuesto -que ahora son ebooks-... No estoy mal. Ahora voy a ir a comprarme una blusa.

Así que, viéndole a usted tan jodido, se me ocurre que voy a darle el consejo ese que me dieron a mí. De buena fe. A mí me sirvió. Lo tengo siempre presente. Cuando tengo dudas sobre qué es lo que tengo que hacer, siempre me dejo ir. Es lo que he pensado cuando he pasado por aquí y le he visto... y el vigilante me ha dicho quién era usted. No le entretengo más...

(Solemne)

...Señor Director General y accionista mayoritario del Grupo Editorial Letras, si está dudando y necesita un consejo que le ayude a decidirse... -me deja tutearle, ¿verdad?, creo que ya hay confianza...-: si estás dudando y necesitas un consejo que te ayude a decidirte, creo que puedo resumir todo este rollazo que te he soltado en una sola palabra...

(Susurrando)

Suéltate. Suéltate.

Telón.